

CAPÍTULO 5º: SOLEDAD

Dana se despertó de madrugada, temblando y con el corazón latiéndole con fuerza. Había tenido un mal sueño, una pesadilla que incluso le había hecho gritar. Pero no recordaba de qué se trataba.

Poco a poco fue serenándose, y miró a su alrededor. Kai dormía en el otro extremo de la enorme cama. La luz de la luna se colaba por la ventana iluminando el cuarto que, con el tiempo, Dana había aprendido a considerar como su hogar.

Se levantó y se dirigió a la ventana, estremeciéndose cuando sus pies descalzos tocaron el frío suelo de piedra. Se asomó al exterior y aspiró el fresco aire nocturno.

Era verano, y la brisa no traía demasiado frío. Aun así, Dana alargó la mano en busca de su vieja manta, que descansaba a los pies de la cama.

Se sentía extraña aquella noche. Algo había cambiado en ella, y no acertaba a adivinar qué.

Se sentó en el alféizar de la ventana y recordó la primera vez que se había asomado a ella, dos años atrás. En aquel tiempo habían pasado muchas cosas. Había aprendido a leer, y ya controlaba hechizos básicos del Libro de la Tierra. El bosque no tenía secretos para ella, y era capaz de sentir lo que sentían sus habitantes sólo con percibir el aura de energía que los rodeaba. Pronto obtendría la túnica verde que la distinguiría como aprendiz de segundo grado.

Había hecho grandes progresos. Podía estar orgullosa. Pero...

Suspiró. Al principio había sido emocionante, pero ahora le parecía que todos los días eran iguales.

Peor aún; ella, acostumbrada a vivir con una familia numerosa, encontraba la Torre un lugar demasiado vacío y silencioso.

—”Una escuela muy selecta” —murmuró entre dientes, recordando las palabras de Fenris.

Apenas había hablado con el elfo un par de veces desde aquel día. Casi nunca se tropezaba con él y, cuando lo hacía, Fenris se limitaba a sonreírle con aire ausente. Era siempre amable con ella, pero se trataba de una fría cortesía que contribuía más a guardar distancias que a salvar barreras.

El Maestro seguía inspirándole una mezcla de temor, respeto y admiración. Pero era un hombre silencioso y reservado, que apenas salía de sus habitaciones en lo alto de la Torre si no era para supervisar el trabajo de sus aprendices.

¿Y Maritta? Dana sonrió. Se llevaba bien con la enana, pero ella tenía siempre demasiado trabajo y, aunque la niña trataba de ayudarla, no siempre era posible.

Sólo le quedaban Kai y Lunaestrella. Por lo que Dana había comprobado, nadie más habitaba en la Torre.

Su relación con Kai seguía siendo buena; todavía era la persona que más quería en el mundo, su mejor amigo y su compañero de aventuras.

Pero parecía como si el ambiente frío de la Torre hiciera que los dos se encerrasen en sí mismos y se volvieran menos comunicativos.

Dana sacudió la cabeza. Aquello no era algo demasiado evidente, pero, si la barrera que se estaba formando entre los dos iba a más, tendría que hacer algo. Era capaz de soportar casi cualquier cosa; pero nunca permitiría que aquel lugar estropease su amistad con Kai.

Oprimió con fuerza el colgante que le había regalado su madre.

“Si algún día no soportas tu nueva vida...”

Dana cerró los ojos y sintió que dos lágrimas le rodaban por las mejillas. No sabía por qué lloraba, pero le daba igual. Toda ella se sentía presa de una inexplicable melancolía.

—Estás llorando —murmuró la voz de Kai a su lado—. ¿No eres feliz?

Dana tuvo ganas de abrazarle con todas sus fuerzas, y la intensidad de aquel deseo la asustó, porque sabía que no podía ser. Se apartó de su amigo con más brusquedad de la que habría querido.

—Lo siento —dijo él, compungido—. ¿He dicho algo que te ha molestado?

Dana estalló en sollozos y se apoyó contra el marco de la ventana, como buscando protección, el contacto con algo sólido y material, que el abrazo de Kai no podía darle. Sin embargo agradeció que su amigo la rodease con sus brazos intangibles.

—Te echo de menos —le dijo.

—¿A mí? —se sorprendió Kai—. ¿Por qué? Estoy aquí, contigo, ¿no?

Dana le miró a los ojos y el muchacho entendió de golpe lo que quería decir. Casi supo, antes que ella, qué era lo que había pasado aquella noche.

—No sufras, por favor —murmuró—. Es un mal momento, pero todo pasará. Hemos de tener paciencia, los dos.

Dana sacudió la cabeza.

—Quiero irme de aquí, Kai.

El muchacho respiró hondo. Dana estaba demasiado alterada como para que él la asustase con sus elucubraciones; pero sospechaba que, si el Maestro se había tomado tantas molestias por ella, probablemente no la dejaría marchar tan fácilmente.

—Trata de dormir esta noche, ¿de acuerdo? —le dijo a su amiga—. Mañana te sentirás mejor.

Pero al día siguiente no se sintió mejor, sino todo lo contrario, cuando descubrió qué había cambiado en ella. Azorada, echó un rápido vistazo a Kai, que seguía durmiendo. Se puso la túnica y echó a correr escaleras abajo.

Maritta la sorprendió lavando frenéticamente su ropa interior en el fregadero del patio. Dana se sobresaltó, enrojeció, balbuceó algo, pero la enana se limitó a llenar un cubo de agua y a marcharse sin decir nada.

La muchacha sacudió la cabeza y huyó hacia el bosque. Por una vez quería estar sola, y se sorprendió pensando que, en realidad, estaba escapando de su amigo Kai.

Se dejó caer a los pies de la encina y se echó a llorar. El árbol no podía moverse, pero Dana percibió, a través de la dura corteza, que trataba de consolarla en su dolor.

La chica alzó el rostro bañado en lágrimas y miró a la encina. El arbolillo había crecido mucho en los últimos meses, después de que Dana descubriera que una colonia de termitas había anidado en sus raíces. La muchacha la había librado de los molestos insectos, pese a las recomendaciones de su Maestro (“No alteres el curso de la vida si no te beneficia directamente”), y desde entonces se había establecido un estrecho vínculo entre ella y el árbol.

—Tú no entiendes de estas cosas, amiga —le dijo, y suspiró, echando de menos a su madre y hermanas mayores. Alguna de ellas habría podido explicarle...

Sintió entonces algo cálido contra su pierna. Al mirar vio que se trataba de una pequeña liebre.

Dana la conocía. Con el tiempo había aprendido a distinguir cada criatura de las demás, sólo percibiendo el tipo de energía que emanaba de ella. Y los animales también habían aprendido a confiar en ella.

Dana cogió a la liebre en brazos y notó enseguida un cambio en ella desde que la vio por última vez, dos semanas atrás.

—¡Vaya! ¡Otra vez estás preñada!

La alzó frente a ella y la miró fijamente.

—Tú sí que podrías explicarme muchas cosas —murmuró.

La dejó en el suelo y se despidió de ella, deseándole suerte con su nueva camada.

Algo más tranquila, reflexionó. Había cumplido doce años dos semanas atrás, pero no se lo había dicho a nadie en la Torre. Sí, tenía la edad en que su madre le había advertido que pasaría. “Pero ya hablaremos entonces”, recordó que le había dicho, riendo.

Pues bien, ya era el momento, y ella no estaba allí.

Dana se recostó contra el rugoso tronco de la encina, tratando de pensar. De acuerdo, había pasado. Ella era ya una mujer y no tenía ni la más remota idea de lo que debía hacer. Se sentía cansada, melancólica, dolorida y de muy mal humor. ¿Cuánto duraría aquello?

Pensó en preguntarle a Maritta, pero no tenía mucha confianza con ella.

Y Kai...

Dana enrojeció. Sería la primera vez que le ocultaría algo a Kai. Siempre había confiado en él.

Pero aquella vez era... era diferente.

“Kai es un chico”, se recordó a sí misma, y enrojeció más todavía. Había ciertas cosas que no se podían hablar con los chicos.

De pronto se le ocurrió que aquello podía constituir una barrera entre los dos, y se prometió a sí misma que no permitiría que sucediera.

Pero....

Por primera vez se planteó si era buena idea que estuviesen los dos en la misma habitación. “¡Qué tontería!”, se dijo, pero en su interior sabía que no era ninguna tontería.

Se sentía terriblemente sola. Suspiró, angustiada, mientras, en medio de su confusión, se preguntaba por qué había pensado que era mejor que Kai durmiese en otra parte. “Si me siento sola, ¿por qué quiero echarlo de mi cuarto?”.

Si su madre hubiera estado con ella, le habría explicado que no era lo mismo la soledad que la intimidad. Pero no se hallaba allí, y Dana se sentía increíblemente confusa... y espantosamente sola.

Por primera vez en su vida le había ocurrido algo que no quería compartir con Kai.

“Me escaparé”, decidió. “Volveré a casa”.

Pero, ¿qué hacer con Kai?

Volvió a la Torre pensativa, arrastrando los pies y con la cabeza gacha. Cuando entró en su habitación se dio cuenta de que Kai ya no estaba allí.

Se sintió aliviada y se sentó junto a la ventana para pensar en lo que haría a continuación.

Descubrió entonces algo sobre la mesa. Era una pequeña caja de madera.

Se acercó con curiosidad, suponiendo que el Maestro la había dejado allí como parte de algún ejercicio. Colocó los dedos sobre la tapa, pero no percibió ninguna emanación mágica: la caja no contenía ningún ser vivo ni objeto encantado.

La abrió, pues; al principio no entendió qué era lo que había allí dentro, pero tras un momento comprendió que eran paños.

La caja no era del Maestro, sino de Maritta.

Dana sonrió, agradecida, y sintió que se le humedecían los ojos. Sabía lo mucho que le costaba a la enana subir aquellas condenadas escaleras.

Pero era mujer, al fin y al cabo. Dana cogió la caja y corrió escaleras abajo.

Tenía muchas preguntas que hacerle.

Aquel día no hizo sus ejercicios. Sabía que el Maestro la reprendería, pero necesitaba serenarse y pensar.

Estaba contemplando el anochecer desde su ventana cuando volvió Kai.

—No te he visto en todo el día —dijo Dana, procurando que su voz sonase neutra.

Kai se encogió de hombros.

—Pensé que querrías estar sola.

Dana lo miró, sorprendida. Kai enrojeció y se removió, incómodo.

—Lo siento, yo... te conozco demasiado bien como para no darme cuenta de que... no sé, de que... te pasaba algo que...

Ella hizo un gesto con la mano, dándole a entender que comprendía lo que estaba intentando decirle. Con todo, se sentía incómoda.

—Si quieres, me voy —dijo el chico, muy serio.

Dana se volvió hacia él, como los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿A dónde te quieres ir? ¿Quieres marcharte de la Torre?

—De la Torre, no —puntualizó Kai, sonriente—. De tu cuarto.

Dana se relajó enseguida ante la expresión risueña de Kai. Los dos se miraron y se echaron a reír.

—¿Y a dónde irías? —preguntó ella.

—Hay habitaciones de sobra en la Torre. No sé para qué quieren tantas; aquí nunca viene nadie.

Dana reflexionó un momento. Sabía que lo que le estaba diciendo Kai era perfectamente razonable. “Demasiado razonable”, pensó, y se preguntó cómo era posible que él la comprendiese tan bien y fuese capaz de adaptarse de aquella forma a todo lo que ella necesitaba o deseaba, mucho antes de que la propia Dana supiese qué era lo que quería realmente.

—Bueno, pero no te vayas muy lejos —le pidió.

—A la habitación de al lado —respondió el chico, y sonrió—. ¿O es que pensabas que te ibas a librar de mí tan fácilmente?

Dana se echó a reír otra vez. Se sentía infinitamente mejor.

No sabía que Kai llevaba tiempo imaginando que aquello iba a pasar tarde o temprano, y preparándose para que aquel momento no cambiase gran cosa entre los dos. Era previsible que llegaría el día en que Dana dejase de ser una niña y empezase a necesitar una mayor intimidad.

—Una última cosa —dijo Kai, asomando su rubia cabeza por la puerta, antes de marcharse—. Por favor, nunca más vuelvas a sentirte triste o desgraciada. Sabes que yo siempre estaré contigo.

Dana sonrió y le lanzó un beso desde la ventana.

Pero, cuando Kai se fue, se preguntó de nuevo cómo podía su amigo conocerla tan bien. No recordaba haberle dicho en ningún momento que se sentía sola.

De todas formas, estaba de mejor humor ahora. Kai era un encanto, se dijo. No como aquel elfo con el que le costaba tanto hablar.

Los días fueron pasando, uno tras otro, como si nada hubiera sucedido. Dana y Kai seguían juntos y, en términos generales, su relación no había cambiado gran cosa.

Pero, a pesar de que contaba con los consejos de Maritta y con la amistad incondicional de Kai, Dana no fue capaz de afrontar como si nada los cambios que

empezó a experimentar su cuerpo. Se volvió aún más reservada y silenciosa. Maritta era una buena amiga, pero la muchacha seguía echando de menos a su madre, a sus hermanas, a alguna otra chica de su edad con la que cambiar impresiones acerca de las modificaciones que estaba empezando a sufrir su visión del mundo.

Asustada, insegura y soñando tener muy claro cuál era su lugar en la vida, Dana se aferró a lo único que le permitía distraerse sin pensar demasiado en sí misma y en lo que la rodeaba: sus estudios de hechicería.

Pronto obtuvo la túnica verde; al cumplir los catorce años, ya controlaba todos los hechizos básicos del elemento aire, y el Maestro, tras examinarla, le otorgó la túnica azul.

Aquel día decidió cuál sería su destino.

La magia era algo impredecible e inestable, pero Dana encontraba fascinante el poder controlarla y moldearla a su voluntad. Cada nuevo hechizo era un reto mayor, otra aventura. Pese al carácter incierto de la magia, Dana no había encontrado nada que le aportase mayor seguridad... ni siquiera su amistad con Kai.

Dana nunca se había parado a pensar en ello, pero era muy consciente de que lo que sentía por Kai en ocasiones sobrepasaba los límites de lo razonable.

Seguían siendo amigos, sí, muy buenos amigos. Pero aquella amistad fraternal iba evolucionando hacia algo más tierno, más dulce, más especial. Dana se había sorprendido más de una vez pensando en lo guapo que era Kai, y aquello la asustaba.

Había buscado en la biblioteca alguna pista sobre su amigo, pues no sabía a qué atenerse. ¿Quién era Kai? ¿Qué era? ¿Por qué nadie podía verlo, por qué ella no podía tocarlo?

Una parte de sí misma aún le susurraba que estaba loca y que Kai era una invención suya. Esa parte era la que le impedía ir a preguntarle al Maestro acerca de su peculiar amigo.

Había pasado muchas noches en vela preguntándose por la naturaleza de Kai, pero el muchacho seguía con sus evasivas, y Dana decidió, con gran dolor por su parte, que ya no podía confiar en él.

Inconscientemente, aquella resolución venía motivada por su miedo a sentirse atraída por alguien a quien no podía tocar.

Por miedo a verse arrastrada a un amor imposible.

De modo que se encerró en sus estudios, y aquel día, contemplando la túnica azul que había dejado sobre su cama, tomó una decisión: lucharía, como fuera, para ser Archimaga. Una Archimaga famosa y poderosa. Más poderosa que su Maestro, que no había alcanzado aún el grado de Archimago.

Respiró hondo. Sabía que los Archimagos, y los que estudiaban para serlo, eran seres solitarios: debían dedicarse por completo a la magia y no tenían tiempo para nada más. Como el Maestro, se dijo Dana. Como el elfo.

Cerró los ojos, pero aún así el color celeste de su nueva túnica persistía en su mente.

Pensó un momento en Kai. Una vez había jurado que nada los separaría.

Pero entonces era una niña, y no había previsto las consecuencias de...

Sacudió la cabeza. “¿Qué consecuencias? ¡A mí no me gusta Kai!”, se gritó a sí misma. “No puede gustarme, porque no existe”.

¿O sí? Dana había investigado sobre las criaturas inmateriales. Ángeles, espíritus, fantasmas, espectros, apariciones de otros planos, incluso demonios que tomaban forma humana y que sólo eran vistos por quienes ellos querían. Nada de aquello parecía encajar con Kai y, sin embargo, el muchacho podía ser cualquiera de

esas cosas... o una invención suya, repetía la vocecita interna que se parecía sospechosamente a la de su hermana mayor.

Ninguna de aquellas perspectivas era demasiado halagüeña.

Una futura maga debía ser fuerte y dura, y no permitir que nada se interpusiera en su camino.

Nada.

Dana apartó la mirada de la túnica y echó un vistazo al cielo nocturno que se veía por la ventana.

—Mi destino es la magia —dijo a media voz.

Había llegado a la Torre cuatro años atrás, prácticamente en contra de su voluntad. Lejos de casa, había tratado de no ahogarse en la tempestad de la adolescencia. Kai y Maritta habían sido sus tabloneros salvadores, pero ahora ya no bastaba simplemente con sobrevivir. Ahora quería nadar. Quería dominar a la tormenta.

“¡Una granjera!”, sonó en su mente la voz de Maritta.

Entornó los ojos. Recordaba muy bien sus años en la granja, pero aquello había quedado atrás.

Muy atrás.

—Me debo a la magia —murmuró.

Se soltó la larga trenza y de pronto decidió que aquella melena le molestaba y no le servía para nada.

Sacó una pequeña navaja y se cortó el pelo sin compasión. Cuando terminó, los mechones negros se ondulaban con rebeldía hasta la mitad de la nuca aproximadamente. Dana se miró en un pequeño espejo y asintió, satisfecha. Su nuevo aspecto le daba un aire más decidido y enérgico.

Porque ya no era una niña, aunque las pecas que salpicaban sus mejillas hicieran que conservase un cierto aire infantil.

Lentamente, como si realizase un ritual, se quitó la túnica verde y se puso aquella de color azul celeste.

Se asomó entonces a la ventana. El viento le azotó el rostro y sacudió los mechones de su pelo oscuro.

Oyó los aullidos de los lobos, pero por primera vez, no sintió miedo. Se concentró, cerró los ojos y murmuró las palabras de un hechizo. Y el viento se calmó.

Dana sonrió. Aún le quedaba mucho por aprender, pero aprendería, y entonces...

No le importaba estar sola. Siempre había estado sola, ahora lo comprendía. Kai le había prometido que nunca la abandonaría, pero ahora empezaba a pensar que tal vez habría sido mejor no haberle conocido.

Dana había convivido con la soledad desde muy niña, la había sufrido, la había tratado muy de cerca.

—Es mi destino —musitó, y sus ojos azules se endurecieron—. ¿Sola? —sonrió amargamente—. Que así sea.

Kai estaba sentado en el alféizar de la ventana del cuarto contiguo; Dana no lo vio, pero él había escuchado todas y cada una de sus palabras.